

**EL PROLETARIADO EN MARCHA**  
Anselmo Lorenzo

AN 75  
204

Biblioteca "CULTURA PROLETARIA"

# El Proletariado ... en Marcha ...

Por Anselmo Lorenzo

*A todos los trabajadores de lengua  
.. española residentes en América ..*

Precio: 15 centavos



Pannonia Printing & Bookbinding Co.  
432-434 E. 71st STREET  
NEW YORK

## EL PUEBLO AMORFO E INORGÁNICO

A pesar de los trabajos realizados en el mundo, desde La Internacional hasta el presente, que comprenden series de sacrificios de organización, de propaganda y de lucha todavía hallan los burgueses intelectuales motivos para afirmar que el pueblo es amorfo o inorgánico.

Y no sólo le consideran así en el presente, sino que le tienen por irreformable: así es y así será siempre, piensan los que, viéndose libres del ínfimo encasillado social, se hallan a gusto confortados por tal consideración, y además se complacen en sentirse benévolos protectores de los condenados a inferioridad perpetua.

Esos intelectuales admiten el progreso como obra natural producida desde remotos tiempos hasta el presente; explícense racionalmente la constitución de la sociedad, la institución del derecho, la formación de los Estados, los adelantos científicos, los inventos industriales y cuanto constituye el admirable haber de la civilización actual; pero, atados por el prejuicio propietario, cierran el entendimiento a nuevas concepciones sociales, ponen punto final y disputan la obra social presente, si no como justa y perfecta, a lo menos como insustituible, olvidando esta dolorosa y expresiva exclamación de Haeckel: A pesar de tan maravillosos adelantos, nuestra organización social ha quedado en estado de barbarie.

Son lógicos: el trabajo, por una aberración, no ya histórica, sino prehistórica es vil, es una pena impuesta a la inferioridad, y el tra-

bajador, reducido por el salario a una vida animal y mecánica, no puede salir de la estrechez de su clase ni ésta perder su carácter amorfo e inorgánico. Así eran los esclavos y los siervos, no pueden ser otra cosa los jornaleros, ni concepción diferente cabe en la cerrada mollera de los hijos de los privilegiados que ejercen de intelectuales.

Ante un trazado social tan fijo y tan invariable, ¿qué puede hacer un burgués benévolo, más que recurrir al arsenal cristiano, echando mano de la caridad?

Un joven español de la clase, Baldomero Argente, que tomó como tipo expresivo de su mentalidad, planteó el problema. Toma la lucha actualmente existente en España entre las jefaturas socialista y radical para la conquista del pueblo, exactamente análoga a la que con diversas denominaciones existe en todos los países, y se expresa en los siguientes términos:

“Asistimos al comienzo de un período político muy interesante. En Bilbao, en Barcelona, en Valencia, socialistas y radicales se disputan la misma presa, el pueblo amorfo e inorgánico, deseosos ambos de incorporarlo a sus banderas. En ideales, en procedimientos, en fórmulas de captación, son absolutamente distintos. En los socialistas, la tesis doctrinal constituye la médula, el arrebatado afectivo, el ímpetu de pasión, lo subalterno y accesorio. En los radicales, los llamamientos al corazón del

pueblo, los excitantes de su sentimentalidad, son lo fundamental; las doctrinas, las fórmulas de organización jurídica y social constituyen lo secundario. Mientras los socialistas se dirigen por el camino de la Idea hacia lo absurdo, los radicales marchan por la vía del sentimiento hacia el caos.”

“Según todas las probabilidades, en esa disputa vencerá el radicalismo. Si la miseria y el dolor consintieran al pueblo reflexionar, se haría socialista; pero éste le promete venturas al través de largos años de organización y esfuerzo, y el suplicio a que el proletariado se halla sometido no le permite paciencia con que resignarse a esperar tan largo plazo. En cambio, los radicales toman en sus labios palabras de ira que traducen el grito de dolor de los atormentados y fían a las repentinas mudanzas de la violencia la realización de un sueño de bienestar, la satisfacción de un anhelo de justicia, única luz que ilumina el horizonte ideal de los atormentados. Acaso no debiera ser así; pero lo es y será, y las realidades pueden más que los artículos de periódico y que los convencionales discursos de los políticos. En la perdurable pugna entre las dos tendencias que siempre se han disputado la conciencia del pueblo, la disciplina y la rebelión, el proletariado cae hacia aquélla en los países de cierta prosperidad: Alemania, con el marxismo; Inglaterra, con las

Trade-Unions, y hacia ésta en los países de miseria y sufrimiento; Italia y España, con su anarquismo; con su nihilismo, Rusia.”

Cree dicho intelectual en último caso que el porvenir de la nación pertenece a quienes se atraigan la masa popular, porque predominará el número. En su concepto, las clases medias faltan a su deber, que consiste en disputar la presa socialistas y radicales y pregunta: ¿qué llevaremos al pueblo para granjearnos su adhesión y arrebatarlo a los agitadores que hoy le van dominando? ¿Qué llevaremos al pueblo para convencerle y conquistarle?

Nada ve en España que responda satisfactoriamente a esta pregunta, terminando con estas consideraciones:

“Su problema es económico; quiere, ante todo, el bienestar; cuando sus necesidades materiales estén cubiertas, él, sin estímulos del Estado, por el impulso anterior que en todo espíritu humano existe, por el ansia ideal que es resorte de nuestra especie, buscará la cultura y tenderá las alas del espíritu hacia las regiones de la Ciencia, del Arte y del Bien. Y para este problema nada llevamos que al pueblo interese; flaquezas de nuestro ánimo, condescendencias hacia las clases privilegiadas, pusilanimidades de nuestro corazón nos impiden a nosotros, clases medias liberales, que no vivimos de ningún privilegio, sino del esfuerzo creador de nuestro trabajo,

atacar los privilegios económicos en su raíz, en el concepto de la propiedad territorial. Ha sido éste vicio común del liberalismo en todos los países, y por eso el liberalismo, a la postre, fracasó.

Sólo en un pueblo se ha dirigido a la muchedumbre con el lenguaje de la verdad y de la justicia: en Inglaterra. Y el liberalismo muerto allí hace años como lo está en todas partes, el liberalismo que en Francia, por boca de Briand, habla el lenguaje autocrático, en Inglaterra gana el amor del pueblo, emprende una vigorosa lucha por la justicia y por la patria y cobra ánimo suficiente para aventurarse hacia horizontes no explorados aún por nuestra civilización, y a los que se arrojan asistidos por el amor de los oprimidos, hombres que merecen el saludo evangélico, *hombres de buena voluntad.*”

¡Menguada mentalidad, que sólo ve como resultado de la inclinación de las amorfas masas populares, el absurdo en los países prósperos y el caos en los países de miseria y sufrimiento, confiando únicamente en el liberalismo inglés de última hora!

Esa confianza en el liberalismo inglés es falible. Quiero y puedo quitar ese punto de apoyo a los que, en vez de entrar de lleno en el estudio de la sociología, se enredan en la confusión de sus preocupaciones y sólo sirven de rémora y estorbo.

Viene bien a mi propósito el histórico manifiesto de Carlos Marx, anunciando a los trabajadores de todo el mundo la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en el que se lee:

“La miseria de las clases obreras no disminuyó en el periodo de 1848 a 1864, a pesar de que ese periodo excepcional no tiene ejemplo en los anales de la historia por el progreso realizado por la industria y el comercio.

En 1850, uno de los órganos más autorizados de la clase media inglesa profetizó: “Si la exportación e importación de Inglaterra aumentase un 50 por ciento el pauperismo inglés quedaría reducido a cero”.

El 7 de Abril de 1864, Gladstone, Ministro de Hacienda, sorprendió agradablemente a la Cámara de los Comunes declarando que el total de la importación y exportación de la Gran Bretaña en 1863 ascendía a 443.955,000 libras esterlinas; (total maravilloso, casi tres veces mayor que el de 1843). Cuadro tan halagüeño tuvo este aterrador contraste al hablar del mísero estado de los pobres: “Ahora pensad, señores, en los que yacen en la sima de la miseria, en los salarios no aumentados y en que de cada diez hombres nueve sostienen una lucha terrible contra la miseria.”

Como se ve, la burguesía Inglesa se equivocó lamentablemente en sus cálculos: habiendo logrado triples recursos que los tenidos



por necesarios y suficientes vio no extinguido, sino aumentado el pauperismo en el período indicado; esa misma nación, que profesa como máxima salvadora el *si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz prepara la guerra) y que tiene especial empeño en tener tantos buques de guerra más uno como la nación o la alianza de naciones que tenga más, para lo que se necesita un presupuesto inmenso y en fin de cuentas imposible, ha de abrir vía libre al proletariado, si no fallan los cálculos de la nueva juventud dorada.

¡Triste recurso, ilusoria esperanza! ¿Cómo puede ofrecer consuelo a los infelices desheredados el gran Estado burgués que de tal manera alimenta sus lobos marinos?

Menos mal que tal gravamen marítimo militar pesara por igual sobre todos y cada uno de los ciudadanos ingleses; pero véase un dato precioso por lo claro y preciso de su expresión, de que ya me he servido en otro trabajo de prosperidad, suministrado por otro joven intelectual:

“Se calcula que la riqueza total de Inglaterra, tal como se obtiene por la capitalización de las rentas, asciende a 11.600 millones de libras esterlinas. De ellos 10.900 pertenecen a cinco millones de ingleses, y los 600 millones restantes se reparten entre treinta y nueve millones de personas. Es como si nueve personas hubieran de repartirse una manzana y empezaran por dividirla en nueve pedazos iguales: una de las personas se quedara con

ocho pedazos y las restantes ocho personas se distribuyeran el pedazo sobrante.”

Y aun en esa distribución sólo se tienen en cuenta los ciudadanos inscritos en el Registro de la Propiedad, los propietarios no los solamente inscritos en el Registro Civil, los no propietarios, los jornaleros, los verdaderos cultivadores de la manzana que simboliza la riqueza social.

De modo que para el que adopte la vía progresiva señalada por el joven intelectual, tomado como tipo de mentalidad burguesa no hay esperanza.

Allá ellos: reduzcan la vida de la humanidad a los límites que permiten sus prejuicios y sus intereses, pero no intenten imponer sus creencias; y al lo intentasen, peor para ellos, porque, esclavos del error, encadenados por cruel pesimismo, no hallarán garantía para su posición social, ni explicación para los sucesos, y morirán incapacitados para toda iniciativa salvadora de esas que constituyen la alegría de vivir, las que dignifican al propio individuo, dándole la inmensa satisfacción de sentirse útil y aun necesario para el bien, para la verdad, para la justicia.

## EL OBRERO MODERNO.

Para tratar este asunto he de empezar por exponer un concepto del hombre, porque hombre es el obrero por la naturaleza, aunque la sociedad lo rebaje de categoría, reduciéndole a ser desheredado jornalero frente a frente de otros hombres que son privilegiados propietarios capitalistas.

Escritas estas palabras, no brota fácil ni espontánea la constitución. Busco entre los archivos de mis conocimientos y de mis recuerdos, entre lo aprendido por adaptación y por observación o esfuerzo intelectual propio, si algo tengo de esto, y no sale mi concepto del hombre de modo que valga la pena.

Recurro a los libros, repaso índices, releo capítulos, empleo mucho tiempo, y no encuentro lo que busco, y no debe de ser cosa fácil, a juzgar por el párrafo siguiente que traduzco de la edición francesa de *Los Enigmas del Universo*, de Haeckel:

“Sobre todas las otras ciencias se coloca, en cierto sentido, la verdadera ciencia del hombre, la verdadera antropología racional. La palabra del sabio de la antigüedad: *Hombre, concóctete a ti mismo*, y esta otra frase célebre: *El hombre es la medida de todas las cosas*, han sido reconocidas y aplicadas siempre. Y sin embargo esta ciencia, en su más amplia aceptación, ha languidecido mucho más tiempo que todas las otras en las cadenas de la tradición y de la superstición. Hemos visto cuán

lenta y tardíamente se ha desarrollado el conocimiento del organismo humano: una de sus más importantes ramas, la embriología, no se fundó definitivamente hasta Baer, en 1828, y otra no menos importante, la teoría celular, se fundó en 1838 por Schwann, y más tarde aun se resolvió la *cuestión de las cuestiones*, el colosal enigma del origen del hombre. Aunque desde 1809 Lamarck había indicado la única vía que podía conducir a resolver felizmente este enigma, y que había afirmado que *el hombre desciende del mono*, transcurrieron cincuenta años hasta que Darwin logró demostrar esa afirmación, y en 1863 Huxley, en sus *Pruebas del lugar del Hombre en la Naturaleza*, reunió las pruebas más evidentes. El mismo Haeckel en la Antropogenia, 1874, trazó por primera vez, en su encadenamiento histórico, toda la serie de antepasados por que en el curso de millones de años ha evolucionado nuestra raza del reino animal.”

Dejo ahí este asunto, temeroso de enredarme en lo que no entiendo y cometer una torpeza; saque el lector de lo apuntado y de sus propios conocimientos las consecuencias.

Lo positivo es que la ciencia, que es el saber, en oposición a la religión, que es el imaginar, cuando no el engañar, demuestra que la evolución de la substancia y de la energía no parte de un punto ni de un momento determinado, sino que es anteriormente eterna;

que no ha habido, no ha podido haber esa nada ni ese creador de que habla el Génesis; que el universo no es este globo minúsculo que habitamos como parte integrante de un gran todo sin límites, y que la humanidad no es la descendencia de una pareja creada milagrosamente en un paraíso no señalado en el mapa.

No menos positivo es que la humanidad, constituyendo agrupación familiar para vivir sin la cual hubiese perecido, formó una sociedad defectuosa, pero progresiva, que ha llegado a nuestros días con gravísimos defectos, condensados en las clases sociales que convierten en antagonismo irreductible lo que racionalmente ha de ser solidaridad o mancomunidad fraternal.

No es extraño que intelectuales superficiales incurran en juicios erróneos sobre el pueblo, porque en esa sociedad, tal como ha llegado a nuestros días, tú, trabajador, no eres unidad para formar cantidad; no eres hombre, no eres socio, no eres ciudadano; eres una fracción despreciable; contigo sólo se cuenta para la guerra, para el trabajo, para el impuesto; eres como una cápsula que contiene algo utilizable para el señor, para el rico, para el mandarín, quien después de extraída la substancia que abundantemente le suministras te arroja con desprecio.

Para que veas hasta qué punto es matemáticamente verdad tan dolorosa afirmación, he ahí un dato estadístico:

“El cálculo medio de la edad en que pagan las clases sociales el tributo a la muerte (eliminando la infancia, que

contribuye con un contingente horrible entre los trabajadores), es para los privilegiados en general de 43 años, y para los desheredados jornaleros de 15.”

Tu vida no tiene objeto en sí misma, su razón de ser consiste en servir de complemento o accesorio a la vida de tus tiranos y explotadores, que necesitan que les suministres alimento, casa, vestido, transporte, defensa, recreo, etc., etc., a trueque de un miserable jornal pagado con un no menos miserable y escaso signo de cambio, con el que, después de reventado a trabajar, apenas alcanza a lo más estrictamente necesario para tu subsistencia y la de los tuyos, quedando tan corto en la satisfacción de tus necesidades, que tu vida, siempre en peligro, acaba violentamente, aunque no lo parezca, sólo porque mueres cuando racional y fisiológicamente deberas vivir aún muchos años, y cuando si se fuera a ver qué vestigios quedan de tu personalidad, nada se encuentra, porque durante toda tu vida fuiste una pieza minúscula y secundaria: en el trabajo, un peón, un simple jornalero, que nada hiciste por ti solo, que nada creaste, que arrimaste el hombro excitado por el hambre o atemorizado por el látigo; en el ejército, un soldado, es decir, un hombre despojado violentamente de su libertad relativa y alistado a sueldo para matar o morir a gusto de tus amos, quitándote con esa denominación tanta parte de tu responsabilidad como de satisfacción íntima y personal dieras acaso sentir en la defensa de tu bandera, porque eres hombre pagado para obedecer, pieza de tu instrumento de guerra, un número de tu compañía, como el gatillo es una pie-

za de tu fusil; en el hospital no pasaste de ser el número tantos de la Sala de San Fulano, que solías recibir la asistencia otorgada por el médico de guardia con el desdén que se cumple una obligación pesada, que recibías alimento y medicinas suministrados por subasta, salvo el caso de que fueras considerado como objeto de un tratamiento especial y peligroso, a guisa de conejillo de Indias, hasta que, por último, en la mesa de un anfiteatro servías de experimento científico en que la ciencia adquiriría la seguridad necesaria para curar a los ricos, a los que en forma de moneda tienen encerrada en sus arcas tu libertad, tu salud, tu personalidad, de la cual te despojan para pagar a la ciencia, que también se prostituye por dinero, porque el dinero mancha cuanto toca, ya que tiene por excusa servir de mediador entre relaciones que no pueden reducirse a cantidad matemática, y por tanto dan patente de justicia a lo que sólo puede arreglarse con la generosidad altruista.

Siendo así el trabajador, el intelectual que se dedica a observarle superficialmente y que le ve en el trabajo, en el mitin socialista y en el político ovacionando a sus caudillos, y desconoce la obra del proletariado consciente, la de los obreros que estudian, piensan, organizan y propagan que desde la Internacional hasta el día y con éxito variado viene realizando la gran obra del Proletariado Militante, puede fácilmente tomar sus preocupaciones de clase y el error consiguiente por verdad evidente y afirmar doctoralmente que el pueblo es amorfo e inorgánico.

## EL PROLETARIADO EMANCIPADOR.

El proletariado, a la mitad del siglo XIX, dejó de ser masa amorfa e inorgánica para convertirse en entidad pensante y activa.

Tal es el verdadero significado de la Internacional.

Bien lo demostró Salmerón en su famoso discurso en defensa de la Internacional, al que recurro como valiosa demostración de la parte contraria, cuya fuerza lógica y demostrativa permanece inalterable contra todos los sofistas burgueses que quisieran destruirla, y aun superando a sus mismos defensores, que buscan inútilmente argumentos originales

He aquí su razonamiento:

“Por virtud de la reforma iniciada en el siglo XVI, que arrancando de lo más íntimo y profundo de la vida, que es la conciencia religiosa, ha venido proyectándose en lo al parecer más externo y más íntimo, que es la vida política, se ha modificado la antigua organización social, y se ha alterado en sus cimientos y en su clase.

Ha venido a resultar de aquí, que rota la antigua jerarquía social, que enlazaba como los miembros del cuerpo humano los órganos de la vida en las nociones y los Estados y hacía que todo partiera del espíritu común, que se alimentara de una misma aspiración y que se dirigiera también a un mismo fin han venido a quedar disueltos



por completo los vínculos que existían entre las clases sociales, abriéndose una lucha, al parecer de muerte entre todas ellas; en cuya lucha, cada cual no busca sino la manera de afirmar lo que es para ella su derecho, lo que es para las demás su privilegio o su monopolio.

Y faltando la solidaridad entre las clases sociales, y siendo aquellas que no han tenido comunes principios y comunes intereses, que les diesen cohesión, explotados por las clases anteriormente constituidas, buscan una organización para oponerla a la antigua, y confiando en el número y en lo que ellas estiman su derecho, aspiran a librar la batalla decisiva, a fin de sustituir la jerarquía cerrada de la antigua organización por la libre y expansiva de una nueva organización democrática...

Pero no basta para que se origine una institución social, para que se produzca una transformación en la vida, que se sienta su necesidad, que haya el acicate del interés, sino que siempre es menester un principio, un fundamento, llámese como quiera, por el cual se legitime y justifique el nacimiento de aquella institución, de aquel nuevo organismo en la sociedad, y en nuevo nombre pueda recibir la consagración de su bautismo; que no hay instituciones como no hay seres en el mundo, que no tengan su misión consagrada, ya por el sentido tácito

de la naturaleza, ya por las tendencias e inclinaciones de su conciencia.

Si de la armonía entre la necesidad y el principio que anima a toda institución humana resulta su vida, ¿cuál es el principio que legitima la existencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores?

Ha venido rigiendo secularmente y siendo el espíritu que inspirara una civilización de quince siglos, la religión cristiana, como impuesta por la fe, como profesada y creída, según decía Tertuliano, por imposible y absurda. Este principio transcendental impuesto al hombre y desde el cual se pretendía regir toda la vida, que así daba fundamento a la moral como a la constitución de los pueblos, y así determinaba las relaciones entre los Estados como hacía que todos los miembros del organismo social se rigieran por la palabra infalible de la Iglesia, órgano la verdad absoluta y divina; este principio transcendental, repito, servía para determinar todas las manifestaciones de la vida, y señaladamente de la vida pública. Y así como al término de la antigua sociedad pagana se venía a consignar como la última afirmación del espíritu gentil, aquel principio de que sólo era ley lo que agradaba al príncipe, aquí se pudo decir: es ley lo que agrada al Dios

de la Iglesia, al Dios impuesto y creído, no al Dios indagado y reconocido libremente por la razón humana.

Por virtud de una evolución que yo no pretendo razonar, proponiéndome sólo hacer constar el hecho, es lo cierto que este principio transcendental de la vida, que ha venido rigiendo señaladamente en la existencia de los Estados cristianos, ha perdido su fuerza y la ha perdido, no solamente en el foro interno, sino también en el externo y público. Ya no hay individuos, ya no hay gentes, incluso los mismos tradicionalistas; no hay individuo alguno, repito, porque a la ley de los tiempos nadie puede escapar en absoluto, que crea con la misma fe que se creía en la Edad Media los principios fundamentales afirmados en nombre del Dios confesado y creído por los hombres y a cuya libre indagación imponía un veto infranqueable la fe dogmática. No basta decir *los creo*, es necesario decir los he vivido, los vivo y los viviré. Por esto afirmo que, incluso aquellos mismos que dicen pura e ingenuamente que los profesan y los creen, no los tienen en la vida como la norma perpetua y eterna de su conciencia, como se han tenido y guardado por tantos siglos. Esto es evidente.

¿Quién de nosotros vive, o mejor dicho, quién de vosotros vive según el ideal del Evangelio? ¿Quién de voso-

tros aspira a vivir en nuestros tiempos como se vivía en los primeros tiempos del cristianismo? ¿Quién deja de estar más o menos picado por lo que vosotros llamáis la víbora del positivismo y de los intereses materiales? Declaráis y confesáis en vuestra última hora estos principios que se imponen en nombre de Dios, que se llaman y presumen sobrenaturales; pero no hay ciertamente apóstoles ni mártires que den con su vida el testimonio de su fe...

Se adquiere una cosa más alta que la fe dogmática mediante el esfuerzo y el trabajo del hombre, que es la convicción racional en el orden supremo de la realidad y de la vida. Que existe al presente esa tremenda lucha entre la filosofía y las religiones positivas, es indudable; y que dogma revelado que se discute queda herido de muerte, es verdad inconcusa... En esta profunda crisis que tantas alternativas ofrece, un hecho definitivo se afirma, el progreso: la sociedad comienza a regirse por los principios de la razón común humana y donde el Estado no se ha sobrepuesto a la Iglesia, ha recabado al menos la plenitud de su soberanía.

Ahora bien; en esta situación todos reconocemos que la antigua organización social, rota en pedazos, no puede reconstituirse con la mera representación del poder

público, por más que quieran sublimarlo en el magestático imperio de los príncipes, ya por otra parte incompatible con la soberanía de los pueblos. Buscando un nuevo principio para regir las nuevas relaciones de la vida, porque sin regla, sin ley, es de todo punto imposible vivir racionalmente, y en la necesidad de que sea universalmente reconocido y aceptado, no se halla otro más inmediato y accesible que aquel que lleva el hombre en sí, en la unidad de su naturaleza, y que la voz de la conciencia en todos dicta. De aquí que se pretenda erigir un principio de todas las relaciones sociales la individualidad humana, consagrando la fórmula que no es ya privativa de los científicos, que los políticos repiten, que circula por la plaza pública y que no debe sorprender a los legisladores, de que lo inmanente, que tiene su raíz y principio lisa y llanamente en la naturaleza individual humana, ha de sustituir a lo transcendental que se impuso al hombre por la fe. Se ha vivido según lo transcendental: hoy se nos anuncia con un nuevo sentido, con nuevas aspiraciones, un nuevo código jurídico, artístico, científico, moral, ya que religioso en este ideal no cabe todavía. Partiendo el hombre de la nuda individualidad, busca en la nueva relación de individuos la forma de su libertad, la ley de su derecho, el principio de la organización social.

Es extraño que cuando este movimiento social, que no nace acá o allá, sino que está en el espíritu común de la sociedad presente, hasta en los mismos que lo pretenden negar en absoluto; es extraño, repito, que al ver que no quedan sino restos, cenizas y escombros del antiguo edificio social, ¿se intente reorganizarlo bajo el nuevo principio? ¿Quién ha destruido el antiguo ideal? La clase inedia. ¿Quién trata de sacar los antiguos escombros y echar los cimientos del nuevo edificio? El cuarto estado, vuestro legítimo sucesor. Él ha aprendido de vosotros a perder la fe en lo sobrenatural, y no pudiendo vivir en medio de la general disolución del antiguo régimen, sin principio, ni ley ni regla de conducta moral, aspira a formar conciencia de su misión para realizarla en la vida. No tiene educación, porque no se la habéis dado; no tiene medios para levantarse desde el fondo de su conciencia hasta el conocimiento racional del orden divino del mundo, más busca las bases de una nueva comunión social. ¿Cuál será la cúpula de este nuevo edificio? Él no lo sabe, pero vosotros ni siquiera lo presentís.”

Dejo a esta sección del presente trabajo la exposición y argumentación salmeroniana, porque ella por sí sola tiene eficacia para mi objeto, consistente en negar la afirmación de los intelectuales a la moda que quieren que el proletariado, amorfo e inorgánico, quede

en la sociedad como eterno paria, como agregado de infelices irredentos.

Aquí pueden ver esos intelectuales, no sólo en vías de organización el proletariado, sino constituyéndose en reorganizador de la sociedad y presentándose nada menos que como legítimo sucesor de la burguesía.

## LA MISION DEL PROLETARIADO.

El proletariado en su significación de entidad pensante y activa, creación importantísima sobre todas las del siglo XIX, empleó la segunda mitad del mismo en los tanteos propios de la evolución infantil; pero vigorizado ya por el tiempo, por el estudio y por la experiencia, entra en el siglo XX dispuesto a cumplir la misión histórica que universalmente se le ha reconocido, y que se expresa por esta frase profética: *El siglo XX es el de los obreros.*

Ahora, como mi objeto no es tanto desvanecer un error burgués como dar una idea útil a mis compañeros de trabajo, sino con mi sistema de dirigirme al lector obrero, dictándole:

Trabajador: si tomas esa inducción (consecuencia racionalmente referida de hechos anteriores) o profecía (adivinación de lo futuro) con torpe confianza y sobre ella te duermes, y como tú hacen muchos, no habrá tal consecuencia racional ni menos adivinación y lo que podrá ocurrir será una de estas tres cosas: primera, que por tu actitud expectante y la de holgazanes como tú, el maná esperado no caiga; segunda, que aleccionada la gente del privilegio por el peligro pasado, refuerce sus medios de defensa y busque y halle nuevos engaños con que distraerte; tercera, que la apatía de los individuos que pudiendo ser hombres se limitan a ser masa, agregado informe o inconsciente dé lugar al establecimiento de jefaturas, a la osadía de los ambiciosos, a que un desvergonzado y atrevido com-



pañero se encarama a la altura, y en tu nombre, con tu consentimiento y a tus expensas te sujete más duramente a la explotación capitalista y jurídica, como hacen los jefes de los partidos obreros de todas las naciones, sin excluir a España.

Te has de posesionar de modo íntimo y consubstancial a tu existencia de esta verdad: el progreso no es obra exclusiva del tiempo y de la multitud. ¿No ves el clericalismo reforzado a la última hora, sembrando la cizaña de los conventos en el campo del progreso? ¿No ves la burguesía amparándose tras la democracia y la evolución para que desistas de tu propio ideal o le aplaces indefinidamente?

Si a la gran obra colectiva que mejora, perfecciona y adelanta, le niegas tu concurso, cometes una falta grave y pierdes todo derecho de queja; si a la vez que tu falta supones la de muchos, y a esa suposición por desgracia harto practica, añades el trabajo de tantos interesados en el estancamiento de lo presente y aún en el retroceso al ser de épocas pasadas, verás bien patente la necesidad de contribuir con tu concurso de inteligencia, de actividad y de sacrificio.

Analizado así el valor del individuo en la gran obra colectiva y la responsabilidad del mismo en el supuesto de la inacción, preséntase indudablemente la necesidad de desvanecer lo que tiene de falsa una afirmación que corre como verdad axiomática, y con la cual admitida ciegamente, se causa un grave daño. Es esta: *La unión es*

*la fuerza.* La unión supone la absoluta integridad del valor intrínseco de cada una de las unidades unidas: una pila de monedas valdrá lo que representa su suma, a condición de que cada una de ellas valga tanto como la que está encima y sirve de muestra; si una o varias son falsas, el valor de la pila decrece tanto como sea la suma de ellas. Lo mismo sucede con los hombres; por eso suelen valer tan poco las sectas, los partidos y todas aquellas entidades o uniones que se representan por un definidor o por un jefe, que incessantemente recuerdan a sus subordinados que les deben acatamiento y disciplina, como que en ellas los individuos son como cerros que por sí nada valen y sólo sirven para dar prestigio al jefe, que es la única unidad positiva. Por ese signo conocerás infaliblemente a tus enemigos: todo el que excite tus sentimientos, te llame a la agrupación y te pida acatamiento, sumisión y disciplina, en nombre de cualquiera abstracción más o menos altisonante, te engaña, sólo aspira a que cambies de tirano. He ahí una respuesta clara y precisa que puede darse a los que intentan retener a los trabajadores bajo el poder de los políticos de oficio. He ahí un criterio verdaderamente emancipador.

Únicamente la verdad y la justicia se imponen y se manifiestan por la evidencia, demostración palpable que se ofrece de modo ineludible a todas las inteligencias, y sólo es posible la unión para un objetivo verdadero y justo entre individuos que coincidan en esa convicción y que no se sometan a intereses contrarios, y en este caso, más que esa unión, que supone aceptación de lo que no se

comprende bien, o sumisión o algo que la razón no acepta, lo que ocurre es que hay coincidencia, y entre individuos que coinciden puede haber lo mismo unidad de acción que de pensamiento; sólo así la asociación es benéfica y su poder incontrastable.

Si una agrupación de coincidencias del género indicado puede hacerse, adelante; si en nombre de la justicia social existen agrupaciones en que no haya tal coincidencia y que para vivir necesiten un director, más vale que perezcan, y si a mayor abundamiento el director tiene intereses egoístas fundados en la significación e importancia que le dé su carácter de jefe, entonces la organización es una traba, una rémora y cada individuo consciente que de ella forme parte es un traidor, y cada inconsciente un simple miembro de un rebaño, y todos juntos una fuerza a disposición del enemigo.

El proletariado emancipador nació a consecuencia de la traidora renuncia que del progreso hizo la burguesía, una vez realizada la revolución política en su exclusivo beneficio.

La Enciclopedia, la doctrina y la elocuencia con que los publicistas y tribunos burgueses censuraron los tiranos y abrieron paso a su derecho, quedó subsistente en favor de los desheredados en cuanto los burgueses se aliaron con sus antiguos dominadores o los substituyeron: su defensa de ayer es su misma consideración de hoy y es a la vez nuestra propia defensa.

Pero al constituirse los trabajadores en entidad aparte y al definir sus aspiraciones separándose de esa burguesía que se convirtió en

estacionaria cuando se vio capitalista, por un resto atávico surgieron los ambiciosos del seno de ese mismo proletariado, los cuales continúan y son los que, con pretexto de constituir una organización fuerte para combatir la fortaleza en que se apoya el privilegio, por tener cierta locuacidad, alguna instrucción y un fondo malo se han convertido en jefes y santones de esos partidos obreros, constreñidos autoritariamente dentro de una organización en la cual los individuos pagan, votan y hacen cuanto la voluntad de sus jefes o el mecanismo de su organización les impone, hasta que se van desengañando y cayendo en la sima del escepticismo, siendo reemplazados por novatos inexpertos que voltean la noria a su vez, y así se consumen en la impotencia, mientras unos cuantos exobreros caciques viven sin trabajar y alcanzan fama y hasta gloria de esa repugnante y maldita que la multitud otorga a los desvergonzados que saben elevarse en zancos para ser vistos por las multitudes.

A esos tales jefes, llamados obreros, los veréis que los otros jefes les conceden lo que pudiera llamarse la alternativa, o sea el tratar de potencia a potencia con otros personajes que también ejercen jefaturas, y hablan de la masa de su partido como un general hablaría del ejército a sus órdenes. Así, tú, trabajador, que protestas contra la injusticia de que eres víctima, y te asocias con tus compañeros en una de esas organizaciones supeditadas a un jefe, cuando crees labrar tu felicidad futura no haces más que remachar tus cadenas.

Esos jefes te harán creer, como lo más racional del mundo, que para vencer al enemigo explotador es necesario conquistar el poder político, y al efecto, a fuerza de elegir concejales y diputados, se arreglará todo un día con una votación parlamentaria; o que para luchar en huelga con un burgués rico o con una Compañía poderosa se necesita recurrir a costa de cotizaciones de unos cuantos céntimos mensuales, tantos miles de duros como sean necesarios para repartir subsidios entre los huelguistas, hasta que el burgués derrotado ceda por temor de verse sumido en la pobreza, o que constituyendo cooperativas de consumo se arruinarán los comerciantes y nos enriqueceremos proporcionalmente los trabajadores, y otras patrañas por el estilo en que tus esperanzas y tus céntimos den juego para lo único positivo que puedan servir, que es para poner en candelero un miserable ambicioso.

No, trabajador: para emanciparte no cuentes más que con tu inteligencia, tu voluntad y tus puños y con los de todos aquellos que cual tú se hayan previamente emancipado de lo que pudiera llamarse origen de todos los males, del torpe vicio de la obediencia.

Tenlo presente, medítalo bien, discurre por ti mismo y considera que la obediencia, virtud teologal, como dicen los teócratas: civismo, disciplina, o como quiera que se denomine el disfraz con que la presenten los demócratas de todo género, incluso los jefes obreros, que para mejor engañarte y explotarte te llaman compañero, es una infamia indigna de todo hombre en la plenitud de su derecho inma-

nente: porque lo racional, lo justo, lo verdaderamente revolucionario es que nadie mande. Puede y debe el que más sabe, enseñar; el que más prevee, indicar, aconsejar, y en el interés de los que saben y alcanzan menos está el aprender y aceptar el consejo; pero ni lo uno es mandato, ni lo otro es obediencia, digan lo que quieran los que teorizan inútilmente sobre si se extinguirá o no la autoridad en el mundo, dado que lo único que puede resultar entre individuos perfectamente autónomos es aceptación mutua y recíproca de los conocimientos especiales, propios de las aptitudes individuales, es decir, una de las múltiples formas de la solidaridad.

¡En la solidaridad radica la idea salvadora! Individuos autónomos, siendo cada uno, como dice Pi y Margall, su legislador, su universo, su dios, su todo, y aún podemos añadir con aplicación al caso, su propio redentor; por la solidaridad se hacen fuertes, hasta el punto de valer cada uno tanto, por lo menos como un ejército, porque siendo una inteligencia, no es inferior a un general en jefe, que es la única inteligencia entre tantos hombres; y si es una inteligencia, sobre todo con los medios que el espíritu de la destrucción ha sabido sacar de la ciencia moderna, es una fuerza tantas veces superior a un ejército cuantas sea el número de inteligencias libres y resueltas que se contengan en el grupo de los solidarios.

¡Solidaridad para la lucha revolucionaria! ¡solidaridad para el triunfo de la revolución, solidaridad para la reconstitución de la so-

ciudad, de modo que el interés del individuo se identifique en absoluto con el de la colectividad! ¡He ahí la salvación de la humanidad!

\*\*\*

Y la solidaridad entre los desheredados llegó a ser una bella y poderosa realidad.

Los trabajadores, hartos de sufrir y de esperar, oyeron un día la fórmula salvadora: *No hay deberes sin derechos, ni derechos sin deberes. ¡Trabajadores del mundo, asociados!* y excitados por ella los asalariados, los oprimidos y despojados por el inicuo derecho de acesión y por la transmisión hereditaria de la usurpación propietaria-capitalista, abandonaron el atomismo insolidario que les retenía en la esclavitud y se constituyeron en personalidad colectiva internacional, y eso continua siendo, y así seguirán, y así entrarán triunfantes en el glorioso período que iniciará el término de la Evolución Socialista emprendida y el triunfo de la Revolución Social.

Algo mejor informado que los intelectuales a la moda, escribió Reclus en *El Hombre y la Tierra*, lo que me complazco en repetir una vez más:

“La Internacional nació espontáneamente entre los trabajadores y hambrientos que pertenecían a todas las naciones y se reconocían como hermanos por la voluntad común, los astrónomos, los geógrafos y los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta, y unos

humildes obreros ingleses, alemanes, suizos, franceses, tanto más dichosos, aunándose por cuanto habían sido destinados al odio recíproco, expresándose difícilmente en una lengua que no era la suya, se unían en un mismo grupo para formar una sola nación, con desprecio de todas las tradiciones y de las leyes de sus gobiernos respectivos. Esa unidad moral, esa humanidad que los filósofos habían vislumbrado y que muchos consideraban como un sueño imposible, llegaba al fin a un principio de realización en las calles fangosas de Londres, bajo la niebla pesada, amarillenta y fuliginosa.”



## LA HUELGA GENERAL

Un célebre comunista francés salió un día con la siguiente humorada:

“Si de repente se muriese el arzobispo de París, sería una desgracia; pero pronto tendríamos quien le reemplazara; si se muriese el rey, ya tenemos asegurado el heredero; si nos faltare el gobierno en pleno, no nos faltarán ministros; si al Tribunal Supremo, al Parlamento y a otra multitud de instituciones y funcionarios se los llevase pateta, sería una lástima, pero sobre ser todo ello fácilmente reemplazable, quedaría aún el consuelo de que podríamos pasar también dejando todas esas plazas vacantes. ¿Qué sucedería en cambio, si todos los trabajadores muriesen en un día? Sin asistencia doméstica, sin comestibles frescos en el mercado, sin dependientes en tiendas y almacenes, desiertos los escritorios, los talleres, las fábricas los campos, las minas, abandonados los ferrocarriles, los caminos y los puertos; faltos de pan y careciendo con él de todos los elementos de vida, el terror se apoderaría hasta de los privilegiados más valerosos; levantaríase un clamor de espanto, que pronto invadiría el espacio, resonando como trompeta apocalíptica el grito de ¡sálvese el que pueda! ¡Todos los vínculos se romperían en un instante! ni rey, ni súbditos, ni gober-

nantes, ni gobernados, ni padres, ni hijos, ni esposas, ni hermanos, ni soldados, ni paisanos, ni curas, ni laicos, ni presos, ni libres, ni ricos, ni pobres; la disolución de la sociedad, la masa desorganizada y descompuesta, dejando libres los átomos que la formaban... interrumpida la acción de los siglos, rota la continuidad social, quedaría la humanidad restante en esta alternativa: o empezar de nuevo o morir de una vez.”

Pues a hacer práctico el apólogo de Saint-Simon va el proletariado militante; pero dejando a un lado la suposición de la muerte, que ha servido hasta ahora de recurso sugestivo, para entrar de lleno en la acción por la plétora de vida, por el poder de la inteligencia.

A la huelga general, a la expropiación, a la anulación de los ejércitos permanentes, al aniquilamiento de todos los privilegios, a la nivelación social; a esa vamos, sitiando al privilegio, por reducción de comodidades, por desconocimiento de superioridad, por declaración de desobediencia, por despreciativo insulto al orgulloso infatuado, por falta de alimento al apetito voraz por el miedo cobarde a la indignación popular, por la destrucción de los fetiches inventados para santificar la tiranía y el despojo, por la ruina de los templos y de los palacios, por la derogación de toda esa jurisprudencia que llama derecho al despojo, castigo al crimen y justicia a la iniquidad.

Sí, el simbólico cuerno de la abundancia, emblema de nuestra civilización para los poderosos, o es para todos o para ninguno. Ni un día más podrá decirse que hay crisis y por consecuencia, miseria para el trabajador por abundancia de productos.

Si con un sistema de trabajo que excluye de la producción y da mayor derecho al consumo a tanto holgazán en nombre de la religión, de la patria y de la riqueza, se produce hasta llenar los almacenes locales y nacionales y ser rechazadas las ofertas en los mercados extranjeros, es prueba evidentísima de que la naturaleza y la actividad humana bastan y sobran para la satisfacción de todas nuestras necesidades; y de lo que sobra, no hay razón para escatimarlo, ni racionarlo, ni menos para privar de ello al que más ha contribuido a producirlo.

Teniendo, como tenemos, en nuestras manos la producción, no hay como pararla; no producir, y reducir a la impotencia al privilegio y sus sayones por el hambre; —*no producir*, y que la soberbia y el orgullo ante el estómago vacío, ante la exigencia del pequeño servicio que no puede exigirse al doméstico que ha solidarizado su acción con la del obrero y el campesino; —*no producir*, y que los palacios, los cuarteles y los conventos queden desiertos, faltos de proveedores; —*no producir*, y que una nivelación ante la común necesidad sea precursora de la concordia fundada sobre la fraternidad comunista.

Hablemos ahora de huelgas. He aquí en extracto el pensamiento de un general huelguista célebre, Briand, actual mandarín en Francia, que merece ser conocido:

“La huelga general es buena y fecunda.

La huelga parcial es nefasta, y aun cuando da resultados favorables, jamás compensan los sacrificios que cuesta. Termina casi siempre en la impotencia, porque los obreros comprometidos no se hallan nunca verdaderamente frente a los patronos aislados; los aislados de veras son los huelguistas, hasta cuando tienen la ayuda moral y material del proletariado, porque ¿qué representa ese apoyo comparado con el que encuentran los poderosos cerca de los poderes públicos? El patrón jamás está solo; tiene siempre consigo y para sí todos los medios de presión de que dispone su clase, el conjunto de las fuerzas sociales organizadas: magistratura, funcionarios y fuerza pública.

En tal situación los trabajadores conscientes se han elevado a la concepción de la huelga general.

Cuando se invita a los trabajadores de un oficio a la formación de su sociedad o sindicato, y a los sindicatos que se federen entre sí, se concibe una extensa organización definitiva en que se hallarían representadas todas las fuerzas del trabajo; nadie piensa en una federación

especial de un oficio, sino que se espera la unión de esas federaciones en una Confederación general del Trabajo.

En todo sindicato puede surgir un conflicto agudo entre el mismo y un patrón. Admitida esta suposición, han de admitirse sus consecuencias.

Si en vez de dirigirnos a sindicatos en formación, nos dirigiéramos a los representantes de una Confederación general de todas las fuerzas organizadas del trabajo, después de haber expuesto las reivindicaciones obreras ante el patronato, cuando se adquiere la convicción de que éste permanece irreductible ante la legitimidad de dichas reivindicaciones, al surgir la penosa eventualidad de la huelga parcial, surgirá también lógicamente la eventualidad más temible, pero más fecunda de la huelga general, que, frente al patronato, levantará al proletariado entero.”

Esta consideración no es un sueño utópico, es esencialmente práctica. Negarla es negar la solidaridad obrera o reducirla a una pequeñez inútil; es estirar la lógica hasta el límite de ciertas preocupaciones. Dígase más bien que el movimiento sindicalista no alcanzará jamás su completo desarrollo, que los trabajadores capacitados para asociarse y aun federarse en una federación local y aun nacional son incapaces de dar un paso más en el terreno federati-

vo, lo cual no es admisible después de haber existido la Internacional y de haber formado esas masas de obreros inmigrantes en todas las grandes ciudades del mundo.

La huelga general es la Revolución garantida contra las sorpresas políticas; no una revolución alrededor de falaces fórmulas, sino una revolución positiva; por ella el proletariado conservará las posiciones conquistadas a que una organización previa, adecuada a la evolución misma, le haya permitido elevarse.

Se dirá que si la huelga general es la revolución, podría irse directamente a la revolución; también se repetirá el conocido argumento: la revolución no se decreta, no depende de la voluntad de los individuos, es el resultado de las circunstancias, el punto culminante de la evolución. Claro es que si la revolución dependiera sólo de algunas buenas voluntades ya estaría hecha; pero admitiendo la preponderancia de la evolución, ha de reconocerse que la voluntad humana puede apresurar la marcha de la evolución y contribuir a la presentación de las circunstancias.

Antes podía excitarse al pueblo a la revolución, pero hoy las barricadas valen poca cosa ante las grandes avenidas y la perfección del armamento.

La revolución, lo mismo que las guerras modernas, depende de la movilización. Si hoy estallara una revolución en la forma antigua en París y sucesivamente en otras ciudades, con la facilidad de los transportes y un ejército movilizable, sería inmediatamente sofoca-

da. Con la huelga general no existe ese peligro, porque puede estallar simultáneamente en todos los puntos importantes y aun secundarios del territorio.

La huelga general tiene la ventaja de ser la práctica de un derecho; comienza en la legalidad. La ilegalidad suele prevenir de la provocación burguesa y de la intervención autoritaria, sobre todo por el empleo de la fuerza pública; pero esta fuerza, que tiene los puntos flacos que han señalado los antimilitaristas, resulta insuficiente ante la extensión de la huelga general.

La huelga general tiene contra sí la opinión de los cándidos reformistas, que quieren alcanzar el ideal por la persuasión y por efecto de una serie de reformas, llegando algunos a esperar que la fuerza de justicia y humanidad que nos asiste bastará para reducir pacíficamente a nuestros adversarios.

Sueñen cuanto quieran los de temperamento a propósito; la generalidad no les hará caso. La tenacidad privilegiada, desdeñosa de la evolución, requiere el violento tirón de los desheredados. En general la historia demuestra que el pueblo apenas ha obtenido más que lo que ha podido tomar él mismo.

La fuerza única de la persuasión, ni aun unida a la de las circunstancias, no basta para dictar leyes a la burguesía. Más aún, dictadas esas leyes, ¿que garantía habrá de cumplimiento si la sanción no reside en la fuerza revolucionaria, permanente y continua del proletariado?

Además, la palabra revolución ya no asusta a la burguesía, porque prevé su resultado, consistente en una de estas dos cosas: o vence el gobierno y somete al pueblo, o vence un partido político popular y engaña al pueblo; en ambos casos queda subsistente la apropiación capitalista con su artículo del código, que supone que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por el propietario, y el derecho de accesión, que despoja al jornalero del fruto de su trabajo.

Con la huelga general sucede todo lo contrario, porque para la sociedad capitalista es lo desconocido y ante lo desconocido, ante el salto en el vacío, tiembla y es necesario el empujón violento, tal como puede darlo y lo dará el pueblo, el proletariado, organizado, consciente y fuerte.



## ENGORDAR PARA MORIR

A última hora el capitalismo ha inventado lo que puede considerarse como el *sumum* de la usurpación de la riqueza social: el *trust*, palabra bárbara y malsonante que designa una agrupación de ricos para la ganancia, algo semejante a lo que pudiera ser una asociación de forajidos para el latrocinio. Figúrate, lector, los diversos industriales de un país que explotan un mismo negocio, y que hartos de acatar el balancín de la oferta y la demanda y de hacerse guerras unos a otros, vendiendo barato para quitarse la clientela, se pusieran de acuerdo, unieran sus capitales con las necesarias precauciones, y, libres ya de competidores, señalaran un precio abusivo a la venta de los productos de su industria; figúrate, además, ya puestos en el caso, que esa agrupación nacional pudiera resentirse aún por la competencia de negociantes de otros países, y que por el mismo procedimiento y con los mismos fines se forma la asociación internacional; pues eso es el *trust*.

¿Qué te enseña ese hecho? Pues sencillamente que la propaganda societaria hecha en beneficio de los trabajadores para el bien, se han apresurado a hacerla positiva los burgueses para el mal, y se asocian hoy para dos cosas: para vender por mucho, muchísimo más de su precio de coste el producto de tu trabajo, del que te despojan mediante el jornal y en virtud del infame derecho de acesión; para negarse a admitir en sus talleres, en sus fábricas, en sus oficinas y en sus campos al asalariado consciente y altruis-

ta, capaz de servir a las ideas y de sacrificarse por sus compañeros; es decir, convierten la sociedad en una encrucijada y la ley en un pacto del hambre.

Afortunadamente, las cosas caen del lado a que se inclinan, y semejante centralización de capitales, que pone en poquísimas manos toda la riqueza social del mundo, puede facilitar la revolución con una quiebra-cataclismo o favorecer la expropiación de los usurpadores en el día de las grandes reivindicaciones.

Así lo han reconocido recientemente economistas de todas las escuelas, y así se ofrece sencillamente a la consideración del más elemental sentido común.

La burguesía hoy es como aquel avaro que, habiendo hecho arreglar en secreto una cueva hábilmente cerrada para guardar sus tesoros, entró en ella un día, y, por una ligera inadvertencia, se cerró la puerta tras de sí. Cuando quiso salir, vio que era imposible, que estaba condenado a irremisible muerte de rabia y desesperación. Entonces comprendió que las mismas precauciones adoptadas para su seguridad, imposibilitaban todo auxilio, muriendo al fin de terror y de hambre en un lecho de monedas de oro, donde su fantasía, excitada por la conciencia y por la superstición, le representaba el gran error de su vida.

—¡Tú —le decían los fantasmas de la fiebre— que quisiste ser feliz en el término de tu vida, quitando a tanto y tanto trabajador alimento, descanso, instrucción y alegría, que todo eso significan

esas monedas ahí amontonadas, porque provienen de aquella hora más que les hiciste trabajar cada día, de aquella asistencia que les primaste a un centro instructivo, de aquella pena que sufrieron al ver morir un hijo por falta de la debida asistencia facultativa, de aquellos céntimos con que recargaste el artículo de consumo, amén de su nociva adulteración, de aquella usura con que les hiciste un préstamo, de aquel invento que te apropiaste despojando al inventor para producir más a menor coste privando aún del jornal al jornalero, de aquella mejora que impediste para ejercer libremente un monopolio!... ¡porque sólo así se atesora en el mundo; de modo que no hay rico inocente, ora sea burgués empedernido en el negocio, tierno infante rodeado de mimos y pueriles comodidades, adolescente que adquiere ciencia adulterada y cara en la Universidad, o cándida doncella que compra ante el altar con su rica dote el derecho de llamarse esposa de un gaznápiro aristócrata; porque toda moneda poseída acredita a su poseedor, por activa o por pasiva, de cómplice en una iniquidad!... ¡Hete aquí impotente, agónico, miserable, privado de medios de reparar tu falta, de renunciar a tu error, sumido en un infierno, donde para que nada falte para caracterizarle como tal, hasta tus buenas intenciones, hijas del desengaño son estériles!

Sí, burguesía, esa es tu situación.

Tú, pequeño burgués, que con tus mañas, el crédito y un corto capitalito vas arrinconando un patrimonio para tu vejez y para tu heredero, estás condenado a muerte, el *trust* te absorberá.

Tú, gran capitalista, accionista del *trust*, archimillonario, señor de señores, el *Krac* te acecha, la bancarrota te arruinará.

Morirás por la liquidación revolucionaria con la misma muerte que diste a la nobleza; tus servidores de hoy, el clero, la magistratura y el generalato te abandonarán, como por servirte abandonaron a sus antiguos señores; te volverán la espalda cuando suene el tremendo sálvese el que pueda, que anunciará su fin al mundo del privilegio ante la inmensa huelga general, que no va ya a aumentar unos céntimos el jornal, ni a disminuir unos minutos de jornada de trabajo, ni a someterse a una ley de jurados mixtos, ni a contentarse con una subvención en caso de accidente en el trabajo, ni a vivir supeditado al juego constitucional entre conservadores o liberales, ni a preferir una mala república sobre otra peor monarquía, ni a conquistar los poderes públicos según la frase ridículamente sonora del socialismo autoritario, sino que va lisa y llanamente a la conquista del patrimonio universal.

\*\*\*

En resumen: Trabajador, burguesillo, capitalista, masa inconsciente, rémora conservadora, tenedlo entendido: la huelga revolucionaria, por otro nombre la revolución social, se halla al término, quizá cercano, de vuestras luchas, de vuestras ansias, de vuestras

preocupaciones, de vuestros apasionamientos, de vuestras miserias o de vuestros sublimes ideales; por ella, cual tras un naufragio que, sumergido el buque, dejara a los náufragos en paradisíaca isla libres e iguales ante la necesidad de vivir, quedaréis siendo hombres sin adjetivos sociales, porque las jerarquías, las clases y las distinciones se habrán hundido en el abismo, y para reorganizar la sociedad tendréis, no la supuesta revelación, no las utopías sectarias de ninguna clase, sino lo único que justifica y que salva, la verdad, la ciencia, pero la ciencia libre, la ciencia desestancada, no esa falsa ciencia oficial de las universidades y academias, que da títulos a los privilegiados que son como patentes de corso con derecho legal para usurpar riquezas.

Y todos esos bienes los tendréis por una corporación inteligente y activa que viene trabajando hace más de medio siglo aunque, por lo visto, ha permanecido invisible para ciertos intelectuales que tienen ojos y no ven y consideran amorfo e inorgánico lo que contra viento y marea se ha formado, aumenta y llegará cumplidamente a la realización de la misión que le impuso el progreso de la humanidad, consistente en hacer partícipes a todos los humanos, sin limitación ni exclusión, en el patrimonio universal.

En el Sinaí burgués, conocido en el mundo con el nombre de Monjuich se dijo un día: “¡Han de cerrarse los ojos a la razón!”, y aquel estúpido precepto lo cumplen los intelectuales, mentorios del privilegio, aspirantes a prebendas y gangas sociales, que en la lu-

cha social no ven más que las contiendas promovidas por los embaucadores del pueblo o los atropellos autoritarios, sin enterarse de que aparte de tales contiendas y atropellos existe una fuerza absorbente, enérgica y decisiva, que obra sobre los gobiernos nacionales y que ha llegado a manifestarse como amenaza atendible a los poderes que intentaren promover guerras futuras.

Sí, se ha llegado a plantear el problema de la huelga general internacional en el caso de una declaración de guerra.

Y sépase que problema planteado, problema resuelto.

Y entérense burgueses y trabajadores: el Proletariado no es un nombre colectivo que, como dice la gramática, en singular denota pluralidad, sino que es una entidad con pensamiento, voluntad y acción en la que el Progreso confía para la realización de su obra eternamente salvadora. El Proletariado va marchando. En él tenéis todos vuestro puesto, trabajadores: ¡basta ya de Capuletos y Montescos! ¡A ser hombres! ¡A seguir todos la marcha ascendente y libertadora del Proletariado!